

en el movimiento escatológico: el cristiano es consciente de ser peregrino en esta tierra, su patria no está aquí, él anuncia realidades distintas hacia las que dirige su historia personal y la historia colectiva.

¿Puede la Iglesia católica renunciar a proponer el evangelio a quien todavía no lo posee? Ciertamente no, lo mismo que a los musulmanes no se les pide que renuncien a su deseo de ampliar la *umma*, la comunidad de los creyentes. Lo que contará será el estilo, el modo, es decir, las características de respeto y de amor, el estilo de atención y de deseo de comunicar la alegría en la paz que es propio de quien acepta las Bienaventuranzas. Este estilo no carece de correspondencias en el mundo del islam. De hecho, se lee en el Corán: *“Llama a los hombres al Camino del Señor, con exhortaciones prudentes y buenas, y discute con ellos del mejor modo....sé paciente y sábetete que tu paciencia es sólo posible en Dios...porque Dios está con aquellos que lo temen, con aquellos que hacen el bien”* (Sura XVI, 125-127).

Juan Pablo García Maestro Orden de la santísima Trinidad

NOSOTROS Y EL ISLAM. DE LA ACOGIDA AL DIÁLOGO¹



Área Misión y Cooperación
Nº 3 ENERO 2011

El Cardenal Martini define el Islam como una “extraña providencia que nos interpela”, porque fuerza al cristianismo a retornar a las propias raíces, a tantear sus fundamentos y a acoger la riqueza del otro (por ejemplo, ese sentido innato de Dios y de religiosidad que impregna todo el tejido existencial, propio de la cultura islámica) y porque impulsa a los fieles musulmanes a una autoeducación a fin de insertarse de forma armoniosa en el contexto de las naciones que los hospedan. En un mensaje que coincide con el final del Ramadán (27 de diciembre del año 2000), los define de nuevo “queridos hermanos musulmanes”.

En cualquier caso, la integración en Occidente de la cultura y de la religión islámica no deja de ser problemática. A este respecto, Martini indica sustancialmente tres itinerarios a seguir: los musulmanes deben sentirse ciudadanos como los

¹ C. M. Martini, en *Al final del milenio, ¡soñemos!*, Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra) 1999, pp. 163-184.

demás, con todos los derechos y deberes, sin exigir intervenciones legislativas privilegiadas que acabarán por convertirlos en un gueto; segundo, dado que provienen de países en los que Estado y religión son regulados por normas indivisas, han de ser ayudados a comprender que, en Europa, Estado y religión son realidades diferentes; por último, Occidente habría de conocer el Estado del que provienen con todo su trasfondo cultural, a fin de propiciar una integración personalizada, ya que el grado de integrabilidad difiere de país a país: cada persona ha de ser escuchada y comprendida con su realidad peculiar. En síntesis, se trata de redescubrir, afirmar y promover la centralidad de la persona en su inviolable dignidad, para dar cuerpo a una convivencia que esté al servicio del hombre, de todo el hombre y de todos los hombres.

En el plano específicamente teológico, la dificultad del diálogo ha de ser atribuida a la rigidez que el Islam manifiesta respecto a la unicidad de Dios, excluyendo cualquier otra posibilidad o cualquier otro modo de manifestarse de la divinidad. Y sin embargo, si nos remontamos a los orígenes, la matriz cultural de ambas tradiciones es idéntica: “Es significativo que santo Tomás de Aquino haya bebido de las fuentes aristotélicas a través de la mediación del mundo árabe; se ha puesto de manifiesto, de ese modo, una circulación de valores, y esto demuestra que son

posibles distintos tipos de relación. Por eso augura que dicho empeño pueda conducir a nuevos enriquecimientos recíprocos, considerando ejemplar el episodio del común aprendizaje de Aristóteles por parte tanto del mundo árabe como del mundo occidental. Tampoco la Iglesia debe asumir actitudes erradas hacia los musulmanes: todavía perdura una cierta falta de atención y superficialidad de miras hacia el fenómeno de la inmigración y la consiguiente posibilidad de integración del Islam en Occidente; o bien, por la parte opuesta, existe aún un celo desinformado hacia los musulmanes, lo que lleva a algunos a ofrecerles espacios de oración sin haber ponderado suficientemente lo que significa dicha postura de cara a una correcta relación interreligiosa. El equilibrio entre ambas posturas se inspira, según la opinión de Martini, en la actitud de san Francisco de Asís, quien en el capítulo XVI de la **Regla** escribe acerca de los frailes que van en medio de los sarracenos; Francisco habla de dos modos de estar entre aquella gente: el primero consiste en estar sujetos a toda criatura humana por amor a Dios, confesando ser cristianos pero evitando toda disputa o litigio; además, los frailes deben anunciar la Palabra cuando el Señor lo desee, recordando que han consagrado su cuerpo al Señor y que por su amor pueden verse expuestos a enemigos tanto visibles como invisibles. En otros términos, el principio unificante, la verdadera acogida, es aquel que se inspira